

La iglesia parroquial de Andorra: de la restauración a la consolidación

Beatriz Ara Comín
Fotografías de Rosa Pérez

En los últimos meses la iglesia parroquial de Andorra ha sido objeto de dos trabajos de conservación y restauración con el fin de remozar dos elementos del templo: la torre y el cuadro dedicado a la Natividad de la Virgen. El Ayuntamiento de Andorra animado por el cura párroco, David Rojas Pico, ha sufragado los gastos de uno de los elementos de la iglesia que necesitaba ser restaurado: el lienzo ubicado en la capilla más cercana al altar del lado del evangelio. Por otro lado, el Arzobispado de Zaragoza ha corrido con los gastos de la consolidación de la torre, gracias también a la intervención del sacerdote.

Óleo de la Natividad de la Virgen

El primer objeto, que forma parte del patrimonio mueble de la parroquia, narra la Natividad de la Virgen. De su restauración se ha encargado la Fundación Santa María de Albarracín y su montante asciende a 10000 euros. Aunque no queda ninguna documentación del mismo, se cree que estuvo colocado en el centro del retablo mayor original y es el único testigo que queda tras la quema de estos bienes durante la Guerra Civil.

El trabajo de restauración ha sido laborioso, ya que la obra presentaba varios problemas. Para empezar, debido a sus grandes dimensiones, hubo que plantearse dónde realizar el trabajo optando finalmente por trasladarlo a los talleres de la fundación. Este trabajo fue realizado por los operarios de Albarracín, que bajaron el cuadro, sacaron el lienzo del bastidor, lo enrollaron y se lo llevaron. Una vez en su nuevo destino había que pensar si restaurarlo en vertical o en horizontal sobre el suelo. Ganó la segunda opción.

La siguiente fase ha sido la actuación sobre el envés de la tela, ya que estaba bastante deteriorada debido al paso del tiempo y a anteriores intervenciones en las que se habían remendado y pegado telas diferentes al lienzo, que provocaban tensiones. Además, el lienzo estaba armado sobre el bastidor perdiendo parte de su perímetro. Hecho el diagnóstico se empezó la limpieza del envés recolocando parches e injertos de tela nueva más flexible para evitar tensiones. Se han cosido, con agujas curvas de cirujano, los rotos que han aparecido entre las bandas de tela que componen el lienzo. Se ha ampliado la superficie total añadiendo un perímetro textil con el objetivo de clavar este sobre el bastidor evitando dañar el óleo.

Llegados a este punto las restauradoras Lidia Alcalá, Ana Gozalo y Rosana Herrero le dieron la vuelta al lienzo para intervenir en la pintura propiamente dicha. En este caso la primera acción es la de la limpieza. Para llevarla a cabo se han hecho catas y pruebas con diferentes disolventes hasta dar con la mezcla adecuada, se han preparado una serie de torundas de algodón del tamaño de un palillo que, untadas en la mezcla, han ido arrancando el óxido del barniz anterior, pero no la pintura.

El siguiente paso es la reintegración volumétrica, realizada con una mezcla de estuco de yeso con cola de conejo, gelatina y agua, resultando una masa flexible y con gran poder adhesivo. Esta se va repartiendo sobre los faltantes y cuando se seca hay que lijarse para conseguir el mismo nivel en toda la superficie.

El penúltimo paso es la reintegración cromática, realizada con acuarelas y con la técnica del *rigatino*, es decir, aplicando con el pincel líneas horizontales y paralelas que se yuxtaponen con mucho cuidado sobre el color original. Estas líneas son visibles de cerca, pero al alejarse el ojo funde el conjunto cromático. El punto final es el barnizado protector que se aplica por toda la superficie. Para llevar a cabo todo este proceso las restauradoras han trabajado de rodillas, inclinadas sobre el lienzo, realizando un trabajo milimétrico y sobre una plataforma con ruedas que les permite acceder a las zonas interiores del lienzo.

La última parte es el viaje de retorno del cuadro a su lugar de origen, del que se encarga la misma fundación, para ello lo han enrollado, trasladado y montado en un nuevo bastidor preparado en la misma iglesia. Para darle mejor protección han grapado una malla por la parte de atrás de la obra y finalmente le han dado la vuelta y lo han enmarcado. Lo han colgado en su sitio con cierta dificultad debido al peso y la envergadura. Ahora queda iluminarlo adecuadamente para darle el protagonismo que se merece.

La restauración ha dejado al descubierto veladuras en los ropajes y personajes que habían desaparecido tras la mugre del tiempo. Ahora podemos disfrutar de una obra perteneciente a la etapa avanzada del Barroco y de estilo tenebrista cuyas características principales son los fuertes contrastes entre las zonas iluminadas y las de penumbra, composiciones complejas con dominio de líneas diagonales, estudio de la perspectiva y de la profundidad y figuras en movimiento y aparentemente desordenadas en el espacio pictórico.



Las restauradoras Lidia Alcalá y Ana Gozalo en la Fundación Santa María de Albarracín con el lienzo de la iglesia parroquial de Andorra.

Torre de la iglesia

Para saber qué acciones se han llevado a cabo nos hemos puesto en contacto con el constructor Alfonso Arrufat y con el aparejador José Miguel Sanz. El montante de la obra asciende a 80 000 euros y corre por cuenta del Arzobispado de Zaragoza, diócesis a la que pertenece la parroquia. Antes de intervenir se ha tenido que obtener el permiso de Patrimonio Cultural de Aragón, ya que es un bien BIC (Bien de Interés Cultural) desde 1983, y después del Ayuntamiento.

El primer objetivo era llegar hasta la mitad de la torre dejando el último cuerpo sin intervención, pero finalmente se ha consolidado hasta el final. Los encargados de la obra aclaran que no es una tarea de restauración sino de consolidación, es decir, están actuando para que no siga su deterioro. Lo que se han encontrado es una fábrica de ladrillo muy erosionada por los agentes naturales, básicamente agua, hielo, aire y el palomino, que han agrietado la arcilla y han levantado lascas que se han ido desprendiendo a lo largo del tiempo. Y por otro lado, las actuaciones de anteriores albañiles locales que buscaron soluciones de "urgencia" con los métodos de los años setenta, rellenando las juntas entre los ladrillos con cemento. Este elemento ha permanecido hasta nuestros días, pero no ha evitado el deterioro posterior del ladrillo, así que se ha generado un triple trabajo: uno, arrancar el cemento; dos, rellenar las juntas con mortero de cal; y tres, tratar de solidificar las partes afectadas del ladrillo con un barniz de silicato. Este consolidante reacciona en el interior del soporte, solidificando las partes sueltas por la humedad o por el desgaste, endureciendo muchísimo la superficie. Pero no solo han actuado en el exterior, el interior estaba lleno de palomina, que han limpiado, saneando el acceso al campanario. Finalmente nos comenta Alfonso Arrufat que han dejado una "línea de vida", es decir, una sirga agarrada al perímetro de la torre para que en posteriores intervenciones no se vean obligados a montar andamiajes, que es lo más caro, pudiéndose actuar con cuerdas y arneses. Además, han vallado

con una malla los vanos del campanario para evitar la entrada de las palomas a la edificación. Tras las tareas de consolidación quedarían las de restauración para el futuro. De momento los expertos que han intervenido recomiendan revisión y limpieza cada cierto tiempo, ya que las condiciones climáticas de la zona y la acción de las palomas deterioran el conjunto inexorablemente.

Reubicación, por parte de los operarios de la Fundación Santa María de Albarracín, del lienzo restaurado.

